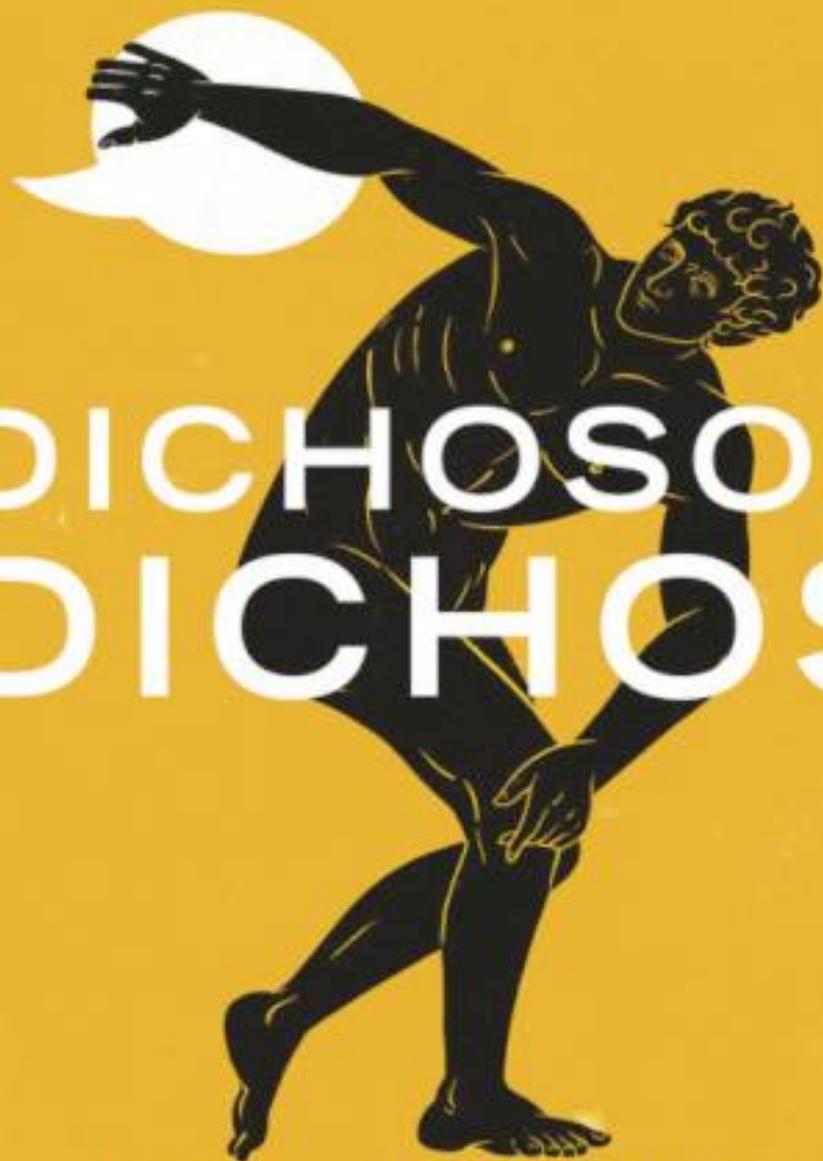


VÍCTOR AMIANO



DICHOSOS DICHOS

FRASES y EXPRESIONES
del MUNDO CLÁSICO
para el SIGLO XXI.
Origen, usos y curiosidades

Ariel

Índice

PORTADA
INTRODUCCIÓN
SER UN ADONIS
SER UN PÁJARO DE MAL AGÜERO
SER EL ARIETE DEL EQUIPO
¡QUÉ ARTISTA MUERE CONMIGO!
BRILLAR POR SU AUSENCIA
¡ESTO ES UNA BACANAL!
SER UN BÁRBARO
SUBIRSE A LAS BARBAS
PONERSE HECHO UN BASILISCO
ESCARMENTAR EN CABEZA AJENA
SER CANDIDATO A ALGÚN PUESTO
¿QUIÉN LE PONE EL CASCABEL AL GATO?
LA MUJER DE CÉSAR NO SOLO TIENE QUE SER CAS-
TA, SINO TAMBIÉN PARECERLO
ESO LO VE HASTA UN CIEGO
SER UN CÍNICO
HACER UNA DEFENSA NUMANTINA
TOCAR DIANA
NECESITAR LA LÁMPARA DE DIÓGENES
HACERSE ECO
TENER UN COMPORTAMIENTO ESTOICO
NACER CON ESTRELLA O TENER BUENA ESTRELLA
SOLTAR UNA FILÍPICA
MATAR LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO
TRABAJO HERCÚLEO
ME IMPORTA UN HIGO
HILAR Y CORTAR EL HILO DE LA VIDA
PASAR POR LAS HORCAS CAUDINAS
TENER MUCHOS HUMOS
TENER MUCHAS ÍNFULAS
QUEDARSE CON LA PARTE DEL LEÓN

SER UN LUJO ASIÁTICO
LA MANZANA DE LA DISCORDIA
ECHAR MARGARITAS A LOS CERDOS
LA MENTIRA NO TIENE PIES
AUNQUE LA MONA SE VISTA DE SEDA, MONA SE
QUEDA
ESTAR TOCADO POR LAS MUSAS
SER UN NARCISO O UN NARCISISTA
TENER LA NEGRA
SER EL «NON PLUS ULTRA»
LA OCASIÓN LA PINTAN CALVA
ANDAR CON CIEN OJOS
NO HAY QUE VENDER LA PIEL DEL OSO ANTES DE
CAZARLO
SER EL PARTO DE LOS MONTES
SER UNA MALA PÉCORA
EL PENSAMIENTO ES LIBRE
HABER NACIDO DE PIE
SABER MORIR DE PIE
QUEDARSE DE PIEDRA
ADORNARSE CON PLUMAS AJENAS
ANDAR COMO PUTA POR RASTROJO
SOÑAR O PERSEGUIR QUIMERAS
RISA SARDÓNICA
PRONUNCIAR PALABRAS SIBILINAS
HACERSE EL SUECO
MÁS VALE TARDE QUE NUNCA
SER EL TOCAYO DE ALGUIEN
COGER EL TORO POR LOS CUERNOS
ROMA NO PAGA TRAIADORES
COSTAR UN TRIUNFO
OBTENER UNA VICTORIA PÍRRICA
ZAPATERO A TUS ZAPATOS
SABER DÓNDE LE APRIETA A UNO EL ZAPATO
BIBLIOGRAFÍA
CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

INTRODUCCIÓN

Por más que haya quien se empeñe en que los clásicos **brillen por su ausencia** en los planes de estudio, su presencia entre nosotros es tan persistente que muchas veces ni siquiera somos conscientes de ella; fíjense si no en las negritas que salpican estos párrafos. Esta obra pretende **romper una lanza** en su favor, pues, sin **soñar con quimeras**, no cejamos en nuestro propósito de que el lector tome conciencia de la importancia y la repercusión que las civilizaciones griega y romana han tenido y siguen teniendo sobre la nuestra. Si con nuestro anterior libro, *Peccata minuta*, pudimos comprobar el gran número de latinismos que pueblan nuestra lengua, en esta ocasión nos proponemos demostrar que un buen número de frases hechas y expresiones que usamos con mucha frecuencia encuentran su origen o su explicación en realidades históricas, culturales, literarias o mitológicas de la Antigüedad clásica.

Tal vez piense alguno que nos hemos dejado llevar por **cantos de sirena** y que nos damos **unos humos** y unas **ínfulas** literarias que no corresponden a nuestro oficio. Pero, aunque nos suelten **agrietas filípicas**, el legado clásico es patrimonio de todos y da amplias muestras de que no le gusta permanecer encerrado en los estrechos márgenes de las instituciones culturales. Su presencia entre nosotros debe ser defendida por todos los medios, con **gritos estentóreos** si es necesario. Y es que esta es indiscutible en ámbitos tan sorprendentes como la retransmisión de un partido de fútbol, una película o una serie de televisión, un cómic o un videojuego. Ese es nuestro objetivo, que todo el mundo conozca, o refresque en su memoria, estas expresiones y,

sobre todo, que las use y que lo haga conociendo su origen y sentido exacto, pues, si uno no **anda con cien ojos**, es muy fácil equivocarse.

Por ello, hemos recopilado un ramillete de frases, escogidas con criterios como su frecuencia en nuestra lengua o el uso erróneo que se hace de algunas de ellas, y hemos tratado de explicarlas con claridad, sin usar **palabras sibilinas**, y con intención de entretener. Víctor Amiano, **monstruo de tres cabezas**, busca, amable lector, tu comprensión: absténganse **narcisistas, cacos, heliogábalos y furias**.

Sin duda, muchas de las expresiones que vamos a comentar se utilizan con frecuencia en la lengua coloquial, pero es indudable que otras tienen ya un uso bastante restringido, por ejemplo, «pasar por las horcas caudinas» o «ni buscado con un candil», dichos que en otro tiempo tuvieron una importante vigencia y no solo entre los más instruidos. Lamentablemente hemos dejado a un lado otras frases que han caído en desuso, pero cuyo interesante origen serviría para ilustrar mejor la presencia del legado clásico en nuestra cultura: «estar en el Aventino», «estar hecho un heliogábalos», «tener odios africanos», «armar un tiberio» y un largo etcétera, que no hace muchas décadas se oían con relativa frecuencia y muchas veces mal pronunciadas, el mejor indicio de su popularidad: «arcas *claudinas*», «espada de *Democles* o de *Demóstenes*», «grito *ostentóreo*» y otras más.

En nuestros días, muchas de las frases que aquí explicamos empiezan a emplearse solo entre personas de cierto nivel intelectual, como «necesitar la lámpara de Diógenes», «Roma no paga traidores», aunque otras muchas siguen siendo de utilización frecuente. No es fácil, desde luego, establecer la popularidad de una determinada expresión. Además del nivel cultural del hablante, hay que tener en cuenta el ámbito geográfico, el familiar y la edad. La expresión «estar en el Aventino» pretende indicar que alguien se ha enfadado o «mosqueado» y es bastante empleada en

ámbitos rurales del norte de Castilla por hablantes de todos los niveles culturales de una cierta edad, sin embargo es muy poco conocida en otros lugares de España. De manera semejante, la expresión «estar hecho un heliogábal», con la que algunos éramos reconvenidos en nuestra infancia cada vez que nos excedíamos en la ingesta de alimentos, resulta hoy completamente desconocida para la mayoría de los hablantes por debajo de cierta edad, e incluso para los profesores de lenguas clásicas más jóvenes. Y otras muchas de ellas se encuentran en franca regresión; al menos, así se deduce de nuestras conversaciones con los alumnos.

Probablemente, en otras épocas la utilización de estas expresiones pudo ser un signo de distinción, una especie de código que permitía al hablante medir el nivel cultural de su interlocutor. Hoy podríamos decir que tal aspecto se ha perdido y que el uso de estos dichos con tales fines sería calificado de pedantería. Es curioso comprobar cómo entre las expresiones más utilizadas es difícil encontrar nombres propios. Van cayendo en el desuso casi todas las que contienen una referencia concreta a un personaje o lugar cuya correcta pronunciación exige un mayor conocimiento de la anécdota histórica a la que se refiere: «tener su ninfa Egeria», «ser arrojado por la roca Tarpeya», «padecer un hambre calagurritana»...

No está de demás apuntar aquí la evidente utilidad que puede tener en la enseñanza el empleo de estas expresiones. Tenemos comprobado que volver la oración por pasiva a veces da buenos resultados didácticos. Por ejemplo, en lugar de contar a nuestros alumnos directamente quién era el rey Pirro o qué principios sostenía la filosofía estoica, resulta más eficaz empezar preguntándoles si conocen las expresiones «victoria pírrica» o «tener un comportamiento estoico». Parece que haciéndolo así la atención del auditorio es mayor, y entonces ya podemos hablarles

de ese quijote de la Antigüedad que se llamaba Pirro y de la doctrina estoica y su enorme influencia en el pensamiento occidental.

Del mismo modo, esta es una excelente forma de adentrarse en la lectura de los textos clásicos, tal y como hemos hecho en este libro. Para ilustrar las frases elegidas, hemos acudido a textos que pertenecen, como es lógico, a géneros literarios distintos; especialmente útiles han sido los autores de la fábula, la historiografía y la poesía épica, que suministran muchas de las anécdotas o relatos de donde proceden la mayor parte de las expresiones comentadas. Y hemos acompañado los textos antiguos con ejemplos contemporáneos del uso de estas frases, que demuestran fehacientemente su actualidad y su vigencia.

Por lo que se refiere al origen de estas expresiones, podemos establecer cinco fuentes principales:

1. La épica de Homero y Virgilio: «estar tocado por las musas», «pronunciar palabras sibilinas», «la manzana de la discordia», etc.
2. Las narraciones mitológicas: «ser un adonis», «hilar y cortar el hilo de la vida», «ser un narciso o un narcisista», «ser un caco», etc.
3. La Historia de Roma y las noticias que esta nos da de la Historia de Grecia: «la mujer de César no solo tiene que ser casta sino parecerlo», «¡qué artista muere conmigo!», «establecer medidas draconianas», «la espada de Damocles», etc.
4. Usos y costumbres de griegos y romanos: «tener muchos humos», «costar un triunfo», «tener la negra», etc.
5. La fábula: «llevarse la parte del león», «andar como puta por rastrojo», «adornarse con plumas ajenas», etc.

Podŕamos a~adir una fuente adicional si incluyésemos aqú, algo que no hemos hecho, aquellas expresiones que proceden de los Evangelios o la Historia de la Iglesia; nos referimos a dichos como: «dar al Ćsar lo que es del Ćsar», «ir de Herodes a Pilatos», «lavarse las manos», etc.

Estas fuentes nos servirían para demostrar cuáles han sido los textos cĺsicos de ḿs éxito en la tradici3n cultural europea, pues hay que decir que, en muchos casos, los dichos castellanos tienen correspondencia en otras lenguas de nuestro entorno, como hemos intentado apuntar en algunas entradas.

Poco hay que decir del indudable triunfo de los dos grandes poetas épicos de la Antigüedad. Tanto Homero como Virgilio han sido las referencias maestras en los sucesivos renacimientos de la cultura cĺsica y un personaje como Ulises sigue siendo fuente inagotable de muchas creaciones de la actualidad. Por su parte, los relatos mitol3gicos han servido para la composici3n de cuentos, novelas, guiones y libretos de enorme éxito, se encuentran en los ḿs famosos cuadros y en ilustres esculturas, e incluso han sido empleados para definir śndromes y trastornos de personalidad, como «complejo de Edipo» o «narcisismo».

Pero la pervivencia de estas frases no solo tiene que ver con el éxito de determinadas obras, sino tambi3n con su utilizaci3n docente. Significativa es en ese sentido la importancia del g3nero fabulístico, donde llama la atenci3n la particular relaci3n que existe entre fábula y proverbio. La fábula cĺsica de los animales que se unen al le3n para ir de caza (Esopo 149, Fedro 1, 5) ha sido capaz de parir tres dichos bastante utilizados tanto en nuestra lengua como en otras: «contrato leonino», «escarmentar en cabeza ajena» y «llevarse la parte del le3n». Es evidente tambi3n que la poco utilizada expresi3n «c3mo se ve que el pintor no era el le3n» surge de la fábula «El cazador y el le3n» (Aviano 24, La Fontaine 3, 10, etc.); a la inversa, encontramos dichos que han forjado fábulas, como «aunque la mona se vista de

seda, mona se queda» (Iriarte 26), «la mentira no tiene pies» (Fedro A, 5-6), «adornarse con plumas ajenas» (Esopo 101, Fedro 1, 5) y algunas otras.

La Historia de Roma es igualmente una considerable fuente de expresiones populares castellanas. Es una prueba evidente de que en otros tiempos eran muchos los hablantes de nuestra lengua que conocían sobradamente los episodios más sobresalientes de la historia de la Urbe. Sin duda, tal popularidad se debía también a la utilización docente de muchos de estos textos, quizá al interés por conocer acontecimientos de época tan remota, pero sobre todo al deleite que los buenos lectores de siglos anteriores encontraban al leer a los grandes historiadores romanos: Salustio, Livio, Tácito, tres excelentes narradores que encumbraron el género historiográfico a cimas de calidad y éxito nunca igualados; la historia rivalizaba con la novela y Livio, sobre todo, era tan leído como Homero o Virgilio. Algunos proverbios castellanos recuerdan egregios episodios de la grandeza romana, pero otros se refieren a sus miserias y han servido para mantener en el recuerdo sus más famosas derrotas: «¡ay de los vencidos!», «pasar por las horcas caudinas», «defensa numantina», etc. Otros dichos reproducen frases pronunciadas por grandes personajes en momentos críticos: «llegué, vi, vencí» (Julio César), «hay que saber morir de pie» (Vespasiano), «¡qué artista muere conmigo!» (Nerón), etc. También hay otras que evocan un personaje famoso como arquetipo de un tipo de conducta humana: «ser un mecenas», «ser un Séneca», «comer como un heliogábalo», etc. En la pervivencia de frases relacionadas con la Historia de Grecia o con las costumbres de griegos y romanos ha tenido mucho que ver la amplia difusión de las *Vidas paralelas*, de Plutarco, una obra muy admirada a lo largo de siglos, que es fuente principal de las tragedias de tema clásico de Shakespeare. También la obra biográfica

de Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, gozó de un éxito más que notable y está en el origen de algunos de estos dichos.

Es evidente, sin embargo, que sin el apoyo de la tradición posterior algunas de estas expresiones no habrían llegado hasta nuestros días. Si «el pensamiento es libre» es frase hecha, buena parte de culpa tiene el que Shakespeare se hiciera eco en *La tempestad* de las palabras de Cicerón («thought is free», acto III, esc. 2). Sin duda, los hermosos versos de J. Chénier en su *Tiberio* han contribuido decisivamente a que la expresión «brillar por su ausencia» sea tan común en francés, castellano y otras lenguas de nuestro entorno:

Delante de la urna funeraria se mostraban las imágenes de los antepasados. Entre todos los héroes que delante de nuestros ojos provocaban dolor y reconocimiento, Bruto y Casio brillaban por su ausencia (acto I, escena 1).

Es probable que la divulgación de la frase del emperador Tito «amigos, he perdido el día», pronunciada tras una jornada en la que no había hecho a nadie ningún favor, esté relacionada con su aparición en el libreto de Pietro Metastasio (*La clemenza di Tito*), que sirvió a Mozart, Gluck y otros grandes músicos para componer óperas de mucho éxito: «Imaginad en vuestra mente un héroe más generoso y clemente, que considera inútil y perdido el día en que no ha sido capaz de hacer feliz a alguien» (acto I).

También debemos tener en cuenta que muchas de estas expresiones se convirtieron en proverbios ya en la Antigüedad. El testimonio de Quintiliano confirma que ya en su tiempo la expresión «esto lo ve hasta un ciego» era coloquial (*Institución oratoria*, 12, 7, 9). Plutarco confirma que, al menos, otras dos de las frases que venimos comentando se habían hecho proverbiales en su tiempo: «¡ay de los vencidos!» (*Camilo* 28, 6) y «la suerte está echada» (*César* 32,

8). Naturalmente, estas frases entraron en los repertorios de refranes latinos más antiguos que, seleccionados y coleccionados en época renacentista (recordemos, por ejemplo *Los Adagios* de Erasmo), fueron muy utilizados por escritores de toda Europa.

Las excelentes cualidades narrativas de los historiadores de Roma y el apoyo de la tradición explican en parte la conservación de estos dichos, pero hay otras razones menos trascendentes y más curiosas que también han tenido su importancia.

Parece claro que algunas de estas frases están en nuestra lengua porque recuerdan episodios o personajes históricos de la Hispania romana: «defensa numantina», «Roma no paga traidores», «hambre calagurritana». Son frases que no se dicen en las lenguas de nuestro entorno y su presencia en la nuestra se debe unas veces al paisanaje, el lógico amor por la patria y sus gentes, y otras al nacionalismo, la exaltación desmesurada de los valores patrios.

En algunos casos la fonética también ha facilitado la conservación de estas expresiones. Unas veces, por el parecido fónico de la palabra clave con otras de semántica similar y en otras ocasiones por la sonoridad de la frase. En «pasar por las horcas caudinas», el hablante medio desconoce que *furcae Caudinae* era el nombre de dos desfiladeros próximos a la ciudad de *Caudium*; es lógico suponer que el término *horca* se entienda como la soga utilizada para ajusticiar y, desde luego, pasar por una horca caudina era algo terrible. Es también muy posible que el parecido fónico de *pírrico* con otros adjetivos como *raqúitico* o *birrioso* haya contribuido al mantenimiento de la expresión en nuestra lengua. Y seguramente, si se ha elegido al emperador Heliogábalo como comilón prototípico, es tanto por lo que de él nos cuentan sus biógrafos, como por las resonancias de su nombre, que está cerca fónica y semánticamente de palabras como *tragaldabas*, *goloso*, *glotón...*, sin olvidar

tampoco la semejanza con sus competidores en semejante función, los personajes de Rabelais, Gargantúa y Pantagruel.

La ironía, como ocurre con la sonoridad, es uno de los elementos recurrentes en la fraseología. Llama la atención la aplicación a pequeños episodios de la vida corriente de las trágicas hazañas de los romanos. La radical retirada de la plebe romana al *Mons Sacrum*, nombre que también recibía el Aventino, sirve para ridiculizar el enfado infantil de alguien que se 'amula' o 'mosquea': «está en el Aventino». La terrible humillación en las horcas caudinas, un suceso nunca digerido por la nación romana, suele recordarse ante ligeros contratiempos de la vida corriente que tuercen en escasa medida nuestra voluntad. Una simple regañina se equipara con las filípicas que costaron la vida a Cicerón. Un buen apetito se iguala con el hambre de los calagurritanos, forzados al canibalismo. O, en fin, un simple barullo se utiliza para evocar las terribles persecuciones del emperador Tiberio. La expresión «brillar por su ausencia» se emplea en numerosas ocasiones con ironía, con un sentido diferente al que tuvo en su origen, para denunciar la ausencia de alguien en un momento en que debería haber estado presente.

La frecuencia de algunas de estas expresiones en nuestra conversación tiene una estrecha conexión con el uso, a veces abuso, que de ellas hacen algunos periodistas, particularmente en temas deportivos o políticos, en los que está presente la confrontación. El marco bélico y militar en que se usaron algunas de ellas, sobre todo las relacionadas con la historia de Grecia y Roma, es muy útil para esquematizar hiperbólicamente el resultado del agón pacífico y cívico que hay detrás de los encuentros deportivos y los debates políticos. Sin duda, a ello deben su espléndida salud algunas de las frases aquí comentadas.

Para facilitar la consulta —aunque no sea este un libro que deba leerse en orden, sino que admite diferentes formas de lectura—, hemos optado por una ordenación alfabética de las expresiones comentadas, a partir de la palabra clave de la expresión. Con todo, se incluye también un índice temático que permite organizar las entradas con este criterio.

Digamos para concluir que hemos procurado ilustrar las entradas con textos explicativos adicionales de algunas facetas importantes o curiosas del mundo antiguo; así, nos ha parecido instructivo para el lector acompañarle con explicaciones de los géneros literarios que mejor ilustran las expresiones escogidas (la fábula, la historiografía, la poesía, etcétera) y los principales autores que los cultivaron, de algunos ámbitos de la vida cotidiana, como la religión o la sexualidad, de referencias a hechos u hombres ilustres, como la toma de Numancia o el asesinato de Julio César, o de la pervivencia de la Antigüedad en realidades contemporáneas como el cine o el fútbol. No ha sido nuestra intención llenar los márgenes del libro de erudición, sino más bien ofrecer pinceladas curiosas de la vida de los antiguos, de sus preocupaciones y alegrías, pero también de su organización política y social, que permitan al lector moderno sentirse un poco más cercano a la realidad de la Roma antigua y de sus habitantes.

Las expresiones de origen clásico les aguardan.

SER UN ADONIS

Se emplea esta expresión para describir a un joven de belleza deslumbrante, como se aprecia en el siguiente ejemplo:

—Era muy buen mozo, **un adonis** —dice Urania—. Antes del cáncer. Había sido el dominicano más buen mozo de su generación, pero, en las semanas, acaso meses, que Agustín Cabral dejó de verlo, ese semidiós cuya elegancia y apostura hacían volverse a mirarlo a las muchachas, se había vuelto una sombra de sí mismo (Mario Vargas Llosa, *La fiesta del chivo*, Madrid, Alfaguara, 2000, p. 331).

Para este significado también se usa como referente al dios Apolo, «**ser un apolo**» o «tener un aspecto apolíneo», dios lleno de *glamour* y poder, pero sobre todo de una gran belleza, pues no en vano era el dios de lo bello. Volviendo a nuestro más humilde Adonis, no estará de más recordar que la historia mítica de donde procede el encomio de la belleza y la juventud es mucho más dramática, y está estrechamente asociada a algunas flores.

Adonis nació de la relación incestuosa de Mirra con su padre Ciniras, rey de Chipre. Cuando el padre descubrió la identidad de la joven que yacía con él, la persiguió para darle muerte y, en ese instante, la joven pidió a los dioses clemencia y fue convertida en el árbol de la mirra, que llora delicadas lágrimas de una esencia especialmente apreciada por su fragancia y tacto (recuérdese que fue una de las ofrendas de los reyes de Oriente al niño nacido en Belén). Cuando Ciniras disparó su flecha contra Mirra, de la corteza del árbol nació un hermoso niño, Adonis, tan hermoso que